

## Mirada en color

### Ayer volví a Roma

Me senté en las gradas que bajan hasta ella y me dispuse a mirarla. De repente me vi, rodeada de amigos y entre cientos de sorprendidas miradas, ante aquella maravilla de fuente que dicen que es la más hermosa del mundo. Entre callejuelas estrechas, la monumental Fontana di Trevi aparecía ante mis ojos grandiosa, espléndida, orgullosa, sabiéndose el centro de tantas miradas del mundo. Con estatuas que representan la abundancia y la salud; con Neptuno, doncellas, caballos y tritones; con su rumor de agua y de historia mostraba su asombrosa belleza barroca, un canto absoluto al agua y a la vida. Las cámaras de fotos disparaban, incansables, una y otra vez captando cada símbolo, cada detalle de esta fuente a la que todos dan la espalda por un momento para arrojar una moneda que según la leyenda garantiza volver a Roma. Entre montones de turistas hablando idiomas distintos; entre exclamaciones y voces de asombro, en aquel Babel ruidoso de agua y piedra me quedé, como sus estatuas, petrificada ante la belleza sublime de la fuente. Tengo que volver a verla, tengo que volver a Roma, pensé. Y, de espaldas, cerrando los ojos arrojé la moneda obligada, con el deseo ferviente de que se cumpliera el sortilegio.

Aún por cumplirse el deseo, que sigue latente, ayer volví a Roma. Sin amigos, ni aviones, ni autobuses, ni maletas, ni guía italiano..., ayer volví a Roma, paseando, perdiéndome a solas por las páginas blancas de un libro hermoso: *Portafolio de Roma*, de Joaquín Lobato. A través de sus ojos de poeta he recorrido las calles de una ciudad eterna. He vuelto a la Fontana di Trevi bajando una etérea escalinata de versos que guardan otra forma de ver y sentir Roma. “El poeta tendría / que descansar necesariamente tomándose un café / en solitario, sentado en cualquier terraza / y recorrer / las fuentes ruidosas y festivas .” Verso a verso voy compartiendo emociones con el poeta veleño, y me acerco de nuevo a calles y plazas, a museos y monumentos, y al Tiber... “Pasear por el Tiber / -la cúpula y la luna- / en esta noche cálida / de este otoño recién llegado.” También era otoño cuando yo la vi, cuando recorrí la ciudad “entre aglomeraciones retenidas y curas con sotanas y bolsas en la manos”, que dice Lobato. Con amigos, con paraguas, con el asombro constante invitándome al suspiro en cada esquina, en cada rincón. Lo bello inundándolo todo. Daba igual donde miraras, las horas parecían minutos entre tanto que ver y admirar.

Después, volver al hotel anocheciendo, andando con paso cansado, sintiendo el latido leve de una lluvia mansa que salpicaba el paraguas con son de nocturno nostálgico. “Por el balcón casi abierto entra la noche...”. La Roma que yo vi es la misma que me enseñan los versos del libro blanco que tengo entre las manos. Entre los rostros de esos poetas serios, “cabreados con

Platón”, que pintara Joaquín, los versos me devuelven paisajes añorados, momentos intensamente vividos en los días que pasé entre “puestos de refrescos y birra, gelatería y muchísimos Davies de escayola y medallitas y llaveros”. Gente en las calles, en las plazas, en los museos; helados de fresa y chocolate mojados de lluvia en Piazza Navona... “los turistas se distraen / y las estatuas cabreadas / de tantos, tantos, y tantísimos japoneses...”

El aire viejo de Roma; el sonido a campana de Roma; el sabor a historia de Roma... Y los gatos de Roma. Atigrados, grisáceos, independientes, tranquilos, acostumbrados a la gente. Gatos entre el mármol de las estatuas, entre las piedras o alrededor de la fontana que guarda anónimos deseos de volver en las miles de monedas que brillan bajo sus aguas. “Attenti al gatto”, decía en la entrada de algunas casas; “Cuidado con el gato”, decía también en postales y souvenirs. Lobato escribe un poema de gatos romanos que dedica a María Zambrano: “...ahora los gatos adornas las estatuas / y respiran al aire libre sentados en los jardines / cuando el atardecer se hace hermosamente rosa”.

El poeta me recuerda en sus versos la ciudad que yo vi con el asombro pegado a mis ojos. Aquellos momentos en la Capilla Sixtina mirando hacia arriba, inmóvil, conmovida, sobrecogida, “sintiendo” ese Juicio final que eriza la piel y te deja sin aliento, y que te traes a casa “en souvenirs y plásticos, y tarjetas postales, y falsas medallitas del Vaticano donde toda la fe se derrumba...”. Ayer volví a Roma leyendo los versos de un alma sensible. Con él, y otros “cabreados” poetas que no conozco, paseé de nuevo por una belleza nunca olvidada, por “el paisaje y su metáfora / y un silencio de luna con nube / y esta melancolía destruyéndose / por las calles de la ciudad...”

*Portafolio de Roma* me ha sentado de nuevo en las gradas de la Fontana di Trevi. Me he visto otra vez maravillándome en un entorno inverosímil entre amigos y paraguas. Allí, entre el rumor mojado de un tiempo que pasó, he vuelto a embelesarme con la fuente más hermosa del mundo. De espaldas a su belleza he vuelto a arrojar una moneda al agua para volver otra vez.

Porque, como dice Joaquín, despedirme de Roma me costó una tristeza.

Margarita García Galán